



### XXXVIII

#### Á velas desplegadas.

PUESTA de acuerdo con el Consejo, la Condesa no perdió un momento para preparar las bombas que debían estallar al mismo tiempo en toda Italia, es decir, de mandar componer el *Opúsculo* y el *Catecismo social sobre el feminismo*.

Eligió con este objeto á las personas más peritas, comunicó á cada una de ellas su diseño sobre la forma y fondo de los documentos, acompañándole de varias instrucciones para que éstas respondieran á sus principios teóricos y prácticos sobre la gran institución concebida.

Cuando los trabajos estuvieron terminados los examinó y retocó con la colaboración de los autores y la de su antiguo preceptor, y en seguida dió la orden para que fuesen impresos.

Por fin, y ultimados todos los detalles, las *bombas* estallaron produciendo una impresión sin ejemplo en ningún otro país.

En la historia de las más atrevidas empresas de publicación nunca había ocurrido un hecho semejante. Invasión Italia por todas partes en el cuádruple asalto de una idea conquistadora, encerrada en las formas más atrayentes para la mujer, el efecto fué inmenso, percatándose todo el mundo de la importancia de la nueva Asociación. Bien se puede decir que durante muchas semanas la *Alianza femenina nacional* constituyó el único objeto de todas las conversaciones.

Además, el nombre de la condesa Storní, que había concebido una idea tan audaz y grandiosa estaba en todos los labios, se leía en toda clase de periódicos y alcanzaba una inmensa popularidad. Para las mujeres la Condesa resultaba una verdadera heroína, un oráculo, una especie de hada benéfica y soberana.

Las adhesiones llovían en la oficina central y los viajeros eran acogidos en todas partes con entusiasmo, realizando una gran recolección. En dos meses se hicieron más de dos millones de asociadas.

Y como la cuota anual, que debía pagarse en el acto de la inscripción era de un franco por cabeza, la *Alianza* se encontró como por encanto, en posesión de dos millones de francos, la cual suma, que debía renovarse por años, representaba el rédito correspondiente á un capital de 70 millones de francos.

Bien pronto fué expedida una circular á todas las encargadas y agentes, á fin de que diesen parte á todas las asociadas del grandioso éxito obtenido en el primer mes de propaganda, y tomaran las disposiciones oportunas para convocar dentro de un mes las delegadas locales para discutir los nuevos estatutos.

Sin embargo la Condesa, que concedía gran importancia al número y entusiasmo de los nuevos prosélitos, procuraba poner orden en el método democrático á que estaba sujeto el gran organismo, pues no se le ocultaba que donde hay masas existe confusión, y que cuanto más aumente el número mayor es ésta, si una mano directora no está siempre dispuesta á poner á la multitud sobre el camino que debe conducirla al triunfo.

Por lo tanto, y segura ya de tener una gran institución nacional, que respondía fielmente á las aspiraciones y necesidades de la mujer italiana, empezó valientemente á poner en práctica cuanto había ideado.

Dos eran los asuntos más urgentes: Instalar el Centro general de la nueva organización y elegir las personas encargadas de administrar sus asuntos.



En cuanto al primero, una obra tan vasta por su extensión, tan múltiple y multiforme por sus ramificaciones, tenía necesidad evidentemente de un gran edificio ordenado para el objeto. Eran precisas, pues, además de las habitaciones destinadas á las oficinas, amplias salas para la biblioteca, para los archivos, para las reuniones, para estudio, etc.

Teniendo intención la Condesa de continuar y ayudar con sus consejos á la *Alianza nacional*, pero no aceptar en ella ningún cargo, para poder dedicarse por completo á la obra de la *Alianza local*, trató de retener la residencia de ésta en su palacio como hasta ahora, y mandar edificar otro de nueva planta.

Con tal propósito confió á un arquitecto la misión de hacer los planos para someterlos á la aprobación en la primera reunión general.

Mientras tanto, en una parte de su palacio había ya colocado las oficinas más indispensables.

Con respecto á la elección de las personas que debían formar el primer núcleo de la nueva administración, la Condesa experimentaba algunas vacilaciones. Era este para ella el asunto más vital, de cuya solución, como solía decir, dependía el feliz coronamiento de la empresa, toda vez que las mejores ideas resultan estériles y mueren, si no se las conduce bien, como la semilla que no encuentra buen cultivo.

Por fortuna en la *Alianza local* la Condesa había formado una escuela excelente para las futuras necesidades de la *Alianza nacional*. En los cargos de secretaria, de contadora y de tesorera, habían venido practicando bajo la dirección de las titulares, varias jóvenes *veloces*, algunas de las cuales ya prestaban servicio en la *Alianza nacional*, de manera que no resultaba muy difícil constituir el nuevo cuerpo administrativo con personas expertas, puesto que la Condesa estaba dispuesta á cederlas en beneficio de la nueva organización.

Y como el más importante de todos estos cargos era el de

secretaria general, la Condesa adoptó la resolución de poner en práctica todos los medios para que le fuese conferido á su predilecta Ida Piumetti, que ya había demostrado una gran competencia y una habilidad extraordinaria en toda clase de asuntos. Además había también otra razón y era el deseo que tenía la Condesa de que Ida abandonase con honor su empleo de telegrafista, especialmente después de la extraña aventura que le había ocurrido á la joven con su colega Fiocchetti...

Aquella trágica escena había terminado, como hemos dicho con la promesa ó amenaza de volver á hablar de ella al día siguiente. Entretanto, durante la noche, ambos tuvieron tiempo de reflexionar, él para dar una explicación, y ella para no arrojarle al rostro la imputación de un delito que no podía demostrar con pruebas.

A la mañana siguiente, al llegar á la oficina Ida, hizo sobre sí misma un supremo esfuerzo para vencerse, y mostrándose tranquila, dijo á Fiocchetti:

—Si le pareció á usted extraña mi actitud de ayer con aquella señora que vino á recoger un talón de mil liras, sepa que tengo muchas razones para proceder así. De manera que el asunto está concluido.

—Tanto mejor—dijo el otro respirando con tranquilidad, porque aun cuando había preparado una explicación, no le parecía muy satisfactoria.

Después de esto no volvieron á tomar la palabra.

Pero la vida en la oficina se había hecho insoportable para Ida.

Cierto es que experimentó un gran alivio cuando la destinaron de nuevo con Fiocchetti á las oficinas de Telégrafos; pero sólo la presencia de aquel miserable la producía una continua opresión de tristeza.

No podía desechar la íntima persuasión de que á él debía también el infame complot de aquella obscena fotografía.

Cada vez que se encontraba enfrente de él y tenía necesidad



de hablarle, experimentaba un sentimiento de aversión profunda, á lo cual se añadía la tensión de nervios, producida por la necesidad de estar siempre alerta para evitar nuevas perfidias.

Ahora su agotamiento había llegado al último límite.

Un día en que se encontraba más angustiada que nunca, le dijo la Condesa de improviso:

—Ya estamos al final.

—¿Qué dice usted, señora Condesa?

—Puedes pedir la licencia cuando mejor te parezca.

—¿De veras?

—Sí, puedes dar un adiós definitivo al servicio de Telégrafos.

—¡Ah!—exclamó Ida, lanzando un profundo suspiro de satisfacción, mientras dos gruesas lágrimas corrían á lo largo de sus mejillas, al propio tiempo que sentía como una nueva corriente de vida que hubiese penetrado en su pecho.

Y luego exclamó en el paroxismo de la alegría:

—¡Salir de aquel infierno! No volver ya á mirar aquellos rostros. Me parece un milagro.

Pero de pronto se detuvo y cambió de color, como si un pensamiento funesto hubiese venido á contristarla. Entonces dijo á la Condesa, que estaba mirándola con maternal benevolencia:

—¿Acaso se teme que no pueda cumplir las condiciones del servicio con honor? ¿Es quizá esta una concesión que se otorga á mi debilidad?

—¿Quién piensa en semejante cosa? Has mostrado harta fortaleza para cumplir con tu deber. De lo que ocurra puedes estar completamente tranquila; salvaremos también el honor es decir, que tu salida del servicio del Estado será á despecho de los que no quieren para ti ni para nosotras el triunfo.

—Ya sabe usted que yo no debo hacer más que obedecerla. Y si hablé del deber no lo hice por el temor propio, sino...

—Pues bien, te repito que las ventajas serán para nosotras

y para ti también. Cuando el público te vea pasar libremente de la condición de servidora del Gobierno al Estado mayor de dos millones de voluntarias, te aplaudirá. Antes tu resolución podría considerarse como una fuga, pero después del gran plebiscito de las mujeres italianas por la *Alianza nacional*, nadie podrá pensar semejante cosa. De modo que tu decoro alcanza á la Asociación entera... Sin embargo, tengo una duda...

—No vale la pena de que usted me la diga. Lo que resuelva está hecho.

—No... Y la duda es ésta. Puedes presentar en el acto la renuncia del destino ó esperar dos meses, esto es, cuando seas solemnemente confirmada en el cargo de secretaria general de la nueva Presidencia. En ese tiempo puedes reflexionar y decidir. Entretanto, no quiero que me des una respuesta.

—¡Cuánta delicadeza! Usted sabe mejor que yo que el paso será con el tiempo tan honorífico, como al presente; pero teme, como dice el Petrarca, *no soverchio affanno distingga il cor...* de su ahijada.

—¡Bribonzuela! Siempre me coges la palabra.

—Y yo que me consideraba próxima á naufragar, ahora navego con velas desplegadas en dirección del puerto.

—Siempre eres nuestro ojo derecho.

—Le seré á usted fiel hasta la muerte.

—Silencio... He aquí el resto del regalo, dijo la Condesa sonriéndose, y como acostumbraba, la besó en la frente.





## XXXIX

### Nuevos hombres, nuevas cosas.

EL inmenso éxito alcanzado por la *Alianza*, con los dos millones de asociadas, que había asombrado á todo el país, produjo también en las demás asociaciones feministas, especialmente las de carácter general, consternación y desaliento.

Dejando á un lado á la *Liga*, de la cual hablaremos pronto, conviene recordar aquí que además de las dos sociedades diametralmente opuestas y siempre en guerra, la *Alianza* y la *Liga*, existían entonces en Italia otras varias asociaciones feministas, muchas de las cuales se mostraban adversas ó indiferentes ó tolerantes hacia la religión.

Entre las últimas, había una muy numerosa y acreditada en el campo conservador. Contraria en absoluto al espíritu impío y subversivo del socialismo, era además extraña al clericalismo. Presta á promover todas las obras de previsión, de asistencia y de protección á la mujer, pero opuesta por programa á cualquiera forma de organización femenina, es decir, independiente del patrocinio de las clases superiores, había constituido en las principales ciudades de Italia fuertes grupos de señoras y señoritas, que formaban otras tantas sociedades de patronato para las mujeres de las clases inferiores, confederándose juntas con el nombre de *Asistencia nacional de la mujer*.

Dirigida ésta por personas de importancia, de mucha habilidad y experiencia, provista en abundancia de medios materiales, reforzada por varias asociaciones afines que se le habían agregado, la *Asistencia* había desarrollado por todas partes muchas instituciones benéficas, preservado y salvado á gran número de mujeres de la miseria, del deshonor, de la ruina y de la perdición.

No obstante, y aún cuando se hubiese afanado por penetrar en las filas de las obreras para arrancarlas del socialismo, sólo había alcanzado en este punto escasos resultados. La mayor parte de las trabajadoras se mostraban indiferentes é insensibles á las grandes ventajas que se las prometían, desconfiando de perder su libertad al ingresar en la *Asistencia*.

Venia, por lo tanto, la *Alianza* á dar el golpe de gracia á aquella Sociedad que veía mermar sus filas mientras esta última dilataba las suyas. Finalmente, el plebiscito nacional le daba el golpe de gracia, demostrando que tanto en lo presente como en lo futuro era imposible luchar con ella.

En este estado de cosas la presidenta general de la *Asistencia*, princesa Astolfi, dama de alto linaje y de gran talento y experiencia, no queriendo continuar en la humillación de dirigir una obra que languidecía á ojos vistos, pretendió reformarla radicalmente, para infundirle nuevas fuerzas y energías, y en el caso de no conseguirlo, renunciar al cargo de presidenta.

Sin embargo, antes de adoptar una resolución definitiva, no pudo resistir al deseo de avistarse con la condesa Storni, tanto por la curiosidad de conocer de cerca á una dama de tal notoriedad, como por el presentimiento de que aquella conferencia podría facilitarle alguna solución para resolver el asunto. Comunicado este designio á dos consejeras de la *Asistencia* y habiendo merecido su aprobación, pidió á la Condesa hora para celebrar con ella una entrevista, que le fué concedida para la noche siguiente.



Cuando se encontraron juntas, la Princesa y sus dos consejeras con la Condesa, dijo la primera:

—Ante todo, permita usted, Condesa, que le exprese sinceramente mi admiración por el éxito grandioso de la *Alianza nacional*. Ha sido un triunfo inaudito. ¡Dos millones de asociadas! Lo digo sin lisonja: hoy es usted la reina elegida por las mujeres italianas.

Sin mostrarse halagada por aquel golpe de incensario, sonrió bondadosamente la Condesa y se preparaba á replicar cuando la otra le atajó la palabra.

—Perdone usted si abuso de su cortesía y le quito la palabra. Conozco lo que usted me diría y yo quiero que me diga lo que no sé. Este es el principal objeto de nuestra visita. En primer lugar, no puedo explicarme cómo ha podido usted agitar y ganar tanta gente para su empresa. Nuestra *Asistencia* lleva muchos años de vida y es comparada con la *Alianza* como un pigmeo enfrente de un gigante, y no obstante, hemos trabajado mucho para darle vida. ¿Cómo ha podido llevar usted á efecto una obra tan colosal?

—Pues se lo diré en dos palabras. Nuestra labor ha sido un viaje, con punto de partida y camino libre entre las etapas que había que recorrer y el término del camino.

—No comprendo bien.

—Hablaré más claro. Punto de partida ó norma suprema de nuestra acción: dirigirnos á las mujeres italianas, que coinciden en las creencias y en las prácticas de la misma religión y excitarlas á unirse mediante una asociación fundada sobre la comunidad de los intereses morales y materiales. Camino libre: adoptar todos los medios, órganos, vehículos modernos del pensamiento y de la acción, especialmente la prensa. Entre etapas: la *Alianza* local, que ha conquistado una posición inexpugnable en el centro de nuestra actividad; la agitación contra el divorcio que nos ha otorgado el favor y el entusiasmo po-

pular en todo el país; la *Alianza nacional*, con la que hemos organizado en un solo ejército á todas nuestras asociadas para conservar y defender los hechos conquistados, para demostrar á las mujeres italianas todas las ventajas de una organización general, con el objeto de llegar seguramente al término del camino.

—Es decir...

—Una para todas y todas para una. La mujer individuo que ofreciendo á las demás el precioso auxilio de un miembro vivo y activo para los intereses comunes, recibe en cambio la inmensa ventaja de todo el organismo, siempre dispuesto á protegerla, defenderla y salvarla en todas las condiciones y contra todos los impedimentos del enemigo. Así la mujer ejercita su misión doméstica y social con cumplir todos sus deberes y acaso que reivindicar todos sus derechos, toda vez que la naturaleza y la historia nos dicen que nada es tan pernicioso á la familia y á la sociedad, como la opresión del hombre en daño de la mujer.

—Hermoso es el designio y clara la explicación que acaba usted de darme. Pero el verdadero medio, el secreto, la varilla mágica del éxito, todavía no la conozco, sigue en el misterio.

—Pues se explica fácilmente con reflexionar sobre el punto de partida y el camino recorrido.

—Yo no acierto á explicármelo.

—Escuche usted, señora. No hay palanca más poderosa para mover las almas, como la idea religiosa, si ésta se encuentra ya en el corazón de los que acometen la empresa. Además, la mujer, que es muy tenaz en las tradiciones religiosas, gusta también de las novedades, y adopta el viejo traje disfrazado á la moderna, es decir, gusta de aparecer mujer nueva sin dejar de ser antigua. En conclusión: la idea religiosa común, como ya le he dicho, es el punto de partida; el modo ideóneo para ha-



cerla valer, tal es el uso de los medios modernos; por lo tanto, la religión con los medios más convenientes para mejorar el estado social de la mujer, he aquí la razón única de nuestras conquistas.

—¡No lo creo!

—¿De veras?

—A mí me parece que ambos medios concuerdan como el agua y el fuego. No es que yo sea contraria á la religión; Dios me guarde de ello. No soy de aquellas que besan á los santos; pero conozco mi deber como cristiana católica. Pero fuera de la vida privada, la religión, ¿qué puede hacer? Si por mezclarse entre las pobres mujeres que tienen necesidad de nuestra ayuda, debiéramos adoptar una divisa religiosa, los sacerdotes no tardarían en imponernos la dependencia de las autoridades eclesiásticas, aplicándonos la enseña del *clericalismo*, es decir, mezclando la religión con la política.

—No creo que la soberbia de excluir el carácter religioso de su empresa, para evitar la mancha del *clericalismo*, se haya entendido como una tendencia de desconfianza y hasta de aversión al clero, en el cual suele el pueblo personificar la religión, y que de este modo en la opinión popular la *Asistencia* haya gozado fama de anticlericalista. Pero sí podría suceder que esto sea la causa del escaso desarrollo de esta Sociedad, porque la mayor parte de las gentes que han dado en llamarse *anticlericales*, se arrojan pronto en brazos de la impiedad y del desfreno socialista.

Á estas palabras la Princesa bajo los ojos, mientras la Condesa continuaba diciendo:

—En cuanto á nosotras, el principio religioso que informa todas nuestras acciones, no sólo no nos ha creado ninguna dificultad, sino que ha sido el móvil potentísimo que atrajo las almas. Y esto no quiere decir que la cosa se haya desarrollado de la manera más fácil del mundo.

—¿Cómo?

—Nuevos hombres, nuevas cosas. Adaptándonos á los tiempos que corren y debiendo presentarnos al pueblo con los vestidos de moda, así como no hemos excluído de nuestro programa la religión, tampoco hicimos de ella nuestra enseña. Por eso nuestro principal interés fué el de ofrecer una organización eminentemente moderna, en oposición á las otras asociaciones más ó menos anticlericales, y al propio tiempo abrírnos el paso al espíritu cristiano. Así entendió el pueblo que estando con nosotros encontraba ventajas materiales, pudiendo gozar de todo lo moderno sin renunciar á lo antiguo, conseguir todas las utilidades de la organización, sin renegar de sus creencias. La religión, por lo tanto, no se excluye ni se impone, sino que se presupone y afirma en todas las ocasiones. Tal ha sido la principal causa de nuestro éxito.

Para la Princesa era este un lenguaje nuevo. En sus conjeturas sobre la naturaleza de la *Alianza* y sobre las causas de sus triunfos jamás se le había ocurrido una explicación semejante. Estuvo perpleja algunos instantes hasta que al fin preguntó:

—¿De manera que su empresa no es *clerical*?

—Perdone usted, señora, pero esta es una pregunta tan elástica y equívoca, que no puedo responder sin entrar en una larga y enojosa serie de distinciones. Unos nos acusan de clericalismo, otros de liberalismo, otros de socialismo, pero nosotras hacemos oídos de mercader, dejando á los hechos el cuidado de disculparnos.

—Así va el mundo. No se puede agradar á todos. Lo sé por experiencia. Pero, si no la disgusta, y ya que ha recordado al socialismo, me parece que la organización demasiado democrática resulta hartó atrevida y que pronto habrá de abrir la puerta al socialismo y al feminismo exagerado.

—Tampoco en este punto estamos de acuerdo. En nuestra



*Alianza* local las tres clases sociales, alta, media y baja, permaneciendo distintas entre sí, están ligadas juntas tan estrechamente, que cada una de ellas trabaja en ventaja de los más necesitados. En la *Alianza nacional* todas tres se confunden, ó mejor se unen armónicamente juntas para formar una asociación popular de carácter general; en las varias uniones por profesiones ó intereses femeninos determinados, no tienen voz en Junta más que las personas interesadas. Así cada clase y órgano social ejercita sus derechos y sus deberes por el bien propio y por el bien común, y las clases acomodadas ayudan moral y materialmente á las clases inferiores. Sin esta independencia recíproca, la armonía y la paz social son imposibles. Tal es la índole de los tiempos que corren: todo lo que se niega á la democracia sana se trueca en ventaja de la falsa, esto es, de la tiranía colectiva, representada por el feminismo radical y por el socialismo. También aquí encaja la frase: á nuevos hombres, nuevas cosas. Por eso precisamente la *Liga* de la señora Schwitzer y los socialistas que la sostienen, combaten sin cesar á la *Alianza*. Y este mismo encarnizamiento demuestra que nuestra organización democrática, lejos de abrir la puerta al socialismo y al feminismo radical, constituye el mejor medio para combatirlos.

Esta nueva explicación del carácter de la *Alianza*, pareció convencer á la Princesa, que ya no se atrevió á oponer nuevos reparos. También las dos consejeras de la *Asistencia* tomaron parte en la conversación que desde este instante adquirió un tono de cordial familiaridad.

Al despedirse la Princesa estrechó con efusión la mano de su interlocutora, diciéndole con una expresiva sonrisa:

—Nunca he comprendido como hoy la verdad del proverbio que dice: *más ven cuatro ojos que dos*, ni nunca he tenido tampoco una conversación más instructiva. Gracias y hasta la vista.

Á lo cual contestó con ingenio la Condesa:

—Yo declaro, señora, que su visita me ha indemnizado de muchas amarguras.

Cuando las visitantes estuvieron en el coche, la Princesa dijo á sus dos compañeras:

—Es una mujer extraordinaria. La *Alianza* vivirá.